



WALL·E (Andrew Stanton, EEUU 2008)

En el año 2700, en un planeta Tierra devastado y sin vida, tras cientos de solitarios años haciendo aquello para lo que fue construido -limpiar el planeta de basura- el pequeño robot WALL·E descubre una nueva misión en su vida (además de recolectar cosas inservibles) cuando se encuentra con una moderna y lustrosa robot exploradora llamada EVA. Ambos viajarán a lo largo de la galaxia y vivirán una emocionante e inolvidable aventura...

La falta de flexibilidad, ¿causa de estrés?

Sí, ya sabemos que esta es una película para niños, pero –como tantas otras muchas de la casa Pixar- quizás sería mejor decir que también es una película para niños. O sea, que adelante con ella. Y para los que no tengáis obligaciones en edad infantil, no os perdáis este homenaje al cine mudo que supone la primera parte de la peli. Perdón por la digresión, y sigamos, no vaya a ser que se nos acuse de excesivamente flexibles.

Y de flexibilidad –y de su carencia- es de lo que queremos tratar, y para ello nos servimos de la batalla en la que se “enfrentan” flexibilidad y rigidez y que ocurre cuando Wall-E llega como polizón a la súper nave espacial de la que procede Eva.

Como marcan los severos protocolos de entrada a la nave espacial, un destacamento de robots de limpieza reciben a aquellos que regresan de sus expediciones al exterior y se encargan de eliminar todo rastro de contaminación que los expedicionarios pudieran llevar consigo.

Wall-E llega camuflado entre los impecables exploradores, sucísimo de años haciendo de basurero nostálgico y solitario en una tierra devastada, pero feliz en su loca carrera por no perder de vista a su recién descubierto amor... Eva. Su única preocupación es Eva, no le importa lo limpio o sucio que vaya... para él esta es una prioridad muy secundaria.

Sin embargo, el robot limpiador vive la misma escena en un estado de frenética conmoción cuando comprueba cómo Wall-E va dejando todo perdido. ¡Es la pura estampa del estrés desbocado! Con su obcecación por la tan poco práctica perfección, por no salirse ni un ápice del rol que se le ha asignado, por no permitir que quede una directriz por cumplirse o que nadie contradiga el sentido de su misión... claro que es un robot en un mundo mecanizado. Pero seguro que pensándolo un poco nos viene a la cabeza el nombre de alguna persona conocida que nos cuadra con este perfil...

¿Cuántas veces no nos enfrentamos en nuestro día a día a realidades diferentes y modos distintos de actuar? ¿Cuántos conflictos se generan por la falta de flexibilidad? ¡Y cuánto nos podría ayudar ser más empáticos y explorarnos mutuamente para conocer nuestros respectivos intereses!

Resulta cómico observar la desazón que embarga al pobre robot, pero lo cierto es que él sólo está cumpliendo con su deber; y Wall-E podría detenerse un segundo para tratar de comprender al obseso de la aspiradora y modificar algo en su comportamiento para evitar poner al robot en un brete, claro que él anda perdido en menesteres mucho más elevados. ¿Os dais cuenta, no? Siempre hallamos argumentos que nos descargan de no tomar iniciativas para resolver el conflicto, estemos en el lado que estemos.

Un ejercicio interesante es salir de nuestra escena cotidiana, y mirarnos desde fuera para tratar de saber si somos Wall-E o el robot limpiador. Aunque -como dicen los alemanes- el ideal es el “Goldene Mitte”, pues situarnos en los extremos nunca es bueno.

Nada, a disfrutar de la peli... que la vida ya se encarga por sí sola de complicarlo todo. ¡Buena flexibilidad y mejor empatía!